

Crisis en la familia: la rebelión de los adultos *

Alfredo Ortiz Frágola

Se ha cumplido un siglo desde que el psicoanálisis comenzó a iluminar zonas oscuras y privadas de la persona. Hoy, la multiplicación de la información difunde secretos a todos los rincones, y las autopistas informáticas conectan tanto las oficinas de los adultos como los dormitorios de los adolescentes que chatean, dejando poco lugar para la intimidad.

El desarrollo ha mejorado muchos aspectos de la vida, nadie lo duda, pero entre tanto, las diferencias entre las culturas se tornan difusas y una suerte de clonación psicológica facilitada por los medios de comunicación y las estrategias de marketing generaliza las particularidades y los conflictos adolescentes.

En casa, los jóvenes hacen sentir su presencia en la familia y, más allá, han alcanzado a tener una pregnancia tal en nuestra sociedad que se han llegado a invertir los roles y conflictos tradicionales.

En buena medida también ahora son los adultos quienes toman a los jóvenes como modelos de identificación. Se visten como ellos, los imitan y hasta pueden recurrir a una discreta cirugía plástica para parecerseles. Por momentos, como esta dependencia de los nuevos valores les produce fastidio, también se “rebelan” contra ellos y los combaten diciendo que la juventud actual está perdida, descontrolada y violenta. Yo diría que ahí se evidencia una insidiosa “*rebelión de los adultos*”, que es el título de estas breves reflexiones sobre los padres, surgidas a partir del psicoanálisis de adolescentes.

* Versión ampliada de un trabajo presentado en las IV Jornadas de Niñez y Adolescencia de APdeBA, 1999.

Violencia, inseguridad, maltrato y abusos, preocupan, alarman y hasta generan nuevos rubros psicopatológicos que son tema para la prensa y para nuestros paneles científicos.

La sociedad se moviliza, y como emergentes de la crisis surgen los profetas del derrumbe que señalan las calamidades de la juventud o de la sociedad de hoy. Afortunadamente también sigue habiendo mentes lúcidas como la de Julián Marías, que desde su tercera edad nos apunta que si hay algo constante a través de los tiempos es la quejumbre por la inmoralidad dominante, por comparación con las épocas anteriores. Un espejismo reiterado que lleva a abultar los males presentes e idealizar el pasado.

Marías piensa que “sería frívolo e irresponsable decir que nuestra época es particularmente inmoral, más que en otras en las que se dijo lo mismo. No es fácil saberlo, y ni siquiera es probable”.

Lo que sí en cambio parece evidente, en estos comienzos del siglo XXI, es un alto grado de desorientación y por tanto, inseguridad, que afecta tanto a los jóvenes como a los adultos.

Como analistas de adolescentes nosotros somos consultados cotidianamente por situaciones clínicas derivadas de crisis: en el adolescente, en los adultos, en la familia y en la sociedad. Esto nos obliga a tener ideas claras.

En primer lugar vale la pena que recordemos que crisis deriva del griego *krisis* / *krinein* que en el vocabulario jurídico designaba el momento de la sentencia. Para la medicina griega, que asimiló el término, la crisis es condición pero también causa de la resolución de la enfermedad, es decir que apunta a la curación y al progreso evolutivo. Veamos qué ocurre entonces con la crisis del adolescente y su familia.

Se puede advertir que siempre han existido visiones exageradas o deformadas de la realidad adolescente. Desde la psiquiatría se tendía hasta hace no muchos años a ubicar con excesiva ligereza a los jóvenes problemáticos dentro del grupo de las personalidades psicopáticas. A su vez en las descripciones psicodinámicas de la adolescencia, partiendo de la actualización edípica, se suele subrayar: en primer lugar el desborde de la sexualidad, su carácter cuasi perverso e impulsivo. En segundo lugar, ligada precisamente a la impulsividad, la tendencia del adolescente a la acción, el cortocircuito que yendo del impulso al acto

elude el tránsito por los procesos de pensamiento, de simbolización.

Otra de las ideas que ha dominado la visión psicodinámica de la adolescencia es la de considerarla como una etapa de duelo. Más exactamente de pérdidas y del consiguiente duelo: por el cuerpo y por la identidad infantiles, por la bisexualidad, por la relación con los padres de la infancia.

Yo creo que si bien estos enfoques iluminan facetas importantes de la conflictiva adolescente, no alcanzan a explicar algunas cuestiones centrales del tránsito por esta etapa.

Otras perspectivas del psicoanálisis, con el estudio de los trastornos narcisistas, las estructuras de falso self y los trabajos sobre el desarrollo temprano, nos permiten entender mejor a los pacientes jóvenes en su espacio vincular.

El proceso adolescente puede ser comprendido como una fase de profunda movilización narcisista, un período de transformación del self que implica una nueva visión del mundo, la desidealización de los objetos de amor parental y la edificación de un nuevo conjunto de valores, metas e ideales.

Todo esto tiene que llevarse a cabo en un marco imprescindible de suministros narcisistas, provisión afectiva, confrontación, límites y autonomía paulatina. Esta idea de presencia parental, libertad y contención (que no es ocioso comparar con la actitud del psicoterapeuta) está implícita también en el papel de la cultura que señaló Erikson al referirse a la *moratoria psicosocial*, el margen de maniobra que toda sociedad tiene que permitir a los jóvenes para experimentar la vida sin temor a las consecuencias y compromisos, con el fin de adquirir las características que necesitarán como adultos para hallar un sitio adecuado en la sociedad.

De modo que en verdad, salvo en situaciones excepcionales, hablar de las crisis adolescentes implica necesariamente considerar a los adultos que constituyen su familia, su medio ambiente, su continente, su nicho ecológico. Y ellos también como el joven, están sujetos a cambios dinámicos importantes, van a vivir su propia turbulencia y a padecer su propia vulnerabilidad. Ellos también oscilan entre el sometimiento a viejas rutinas y el camino de opciones renovadas que aún no han elegido. Ellos también suelen embarcarse en una oscura lucha por una nueva autonomía. Pero los senderos alternativos no suelen estar fácil-

mente accesibles y abiertos para los adultos. Entonces la rebelión manifiesta y sintomática; o subyacente y detectable en los fantasmas inconscientes, aparece ante los ojos del analista atento.

LA CRISIS DE LOS ADULTOS

Intento ocuparme ahora de los estados de crisis que constituyen la contracara adulta de los avatares de la transformación adolescente.

Esquemáticamente podemos observar sus manifestaciones en cuatro áreas:

1) la identidad, 2) el cuerpo y la sexualidad, 3) los procesos de mentalización y 4) el paso al acto (esta clasificación por supuesto es arbitraria y sólo con fines expositivos porque las categorías se superponen).

1) *La identidad* como eje nuclear del self muestra sus vacilaciones cuando la adopción de un rol parental muy diferente de aquel de padre o madre de infantes fuerza al adulto a ubicarse como guía, límite y camarada de un hijo con nuevos derechos y libertades. El adulto que tiene que resignar parte de su autoridad, especialmente si no le quedan otros hijos más chicos, suele atravesar períodos de confusión, incertidumbre y, muy especialmente la clásica vivencia de vacío que acompaña a la enajenación de esos hijos que ya no le necesitan como antes y producen un hueco en su mundo objetal.

Los padres relegan buena parte de su papel de provisión narcisista para sus hijos y pasan a cumplir un rol secundario. Ya no son idealizados como antes y padecen su propia necesidad de idealización.

Esto se liga a otra ecuación producida por la implacable renovación de lo que C. Bollas ha llamado los objetos generacionales, aquellas personas (deportistas, políticos, músicos), cosas, modas o sucesos, admirados por cada conjunto generacional y que con el correr del tiempo pasan a ser como la marca registrada propia de esa generación. Por ejemplo para algunos de mi generación pueden haber sido Los Beatles, el Sputnik, el mayo del 68, la vuelta de Perón, “Un hombre y una mujer”, la naranja Crush, el Wincofon, Mafalda, “Cien años de Soledad” o Ringo Bonavena.

Dichos objetos generacionales, que pertenecían y a veces enaltecían por medio de la identificación a la generación de los padres, han perdido progresivamente protagonismo. Reemplazados por nuevos valores de culto, hoy son reflejos algo pálidos y arrugados de una gloria en decadencia.

Bollas (1992) ha delineado el nostálgico proceso de duelo que se presenta cuando entre los 40 y 60 años nos vemos forzados a admitir que nuestros objetos generacionales (tan preciados para la formación y el sentido de nuestra identidad generacional) son temporales.

Con cierta consternación pasamos a ver cómo la propia generación “se convierte en un hecho histórico, en un movimiento que va de la subjetividad participativa profunda a lo objetivado”.

Para colmo la procreatividad generacional es canibalística; entonces la nueva generación utiliza los objetos de las anteriores a modo de collage para consumo y los somete a su propia digestión en forma de T-shirt.

Los procesos mencionados no pueden dejar de afectar la identidad de los miembros de lo que podríamos llamar la “generación usurpada”. En función del grado al que hayan arribado en su propia consolidación psíquica, los adultos reaccionarán en diversas proporciones con generosidad o con hostilidad y confusión. El abanico de posibilidades es muy amplio e incluye, cuando las cosas no van bien, todas las manifestaciones de patología del self. Sus expresiones más insidiosas llegan a ser la sensación de futilidad, la depresión vacía, el sin sentido de la vida, la agonía existencial. La perturbación de los padres con estos síntomas aparece también por vía proyectiva en las preocupaciones que expresan por la aparición transitoria de dichos estados en los hijos adolescentes.

A su vez las áreas que señalo a continuación resultan afectadas como expresión secundaria a la perturbación en el estado del self.

2) Las conductas y los síntomas centrados en *el cuerpo y las funciones vitales*, el sueño, la sexualidad, las conductas alimentarias.

En una secuencia paradójica los adolescentes duermen cada vez más y los padres cada vez menos, con la irritación y el consumo de hipnóticos consiguientes. Los padres se suelen indignar también por la alteración del ritmo circadiano de los jóvenes, que viven durante la noche y duermen o deambulan como zombies

durante el día. Pero tras esta desaveniencia creo que subyace el dolor que produce el contraste entre las dos vivencias contrapuestas acerca del paso del tiempo: casi eterno para el adolescente, finito y cada vez más acotado para los padres, que sienten que se les escurre implacablemente sin poder evitarlo. El tiempo contratransferencial también suele delatar esta divergencia a través de la impaciencia del analista ante lo que percibe como pasividad del paciente adolescente y premura de sus padres por resolver la crisis.

Mencionaba recién el consumo de hipnóticos, que se hace frecuente a partir de mediados de la cuarta década de la vida. Los hipnóticos, junto con el alcohol y los fármacos ansiolíticos constituyen la faceta socialmente aceptada y el modelo identificador de automedicación que los jóvenes toman de sus padres al utilizar sustancias psicoactivas.

Aquí se produce una confluencia de ambas crisis, adulta y adolescente, que resultan abortivas cuando se intentan suprimir a través de la solución química.

Cuando la angustia patogénica se concentra en algún aspecto del esquema corporal surgen los temores hipocondríacos (otra señal de un self vulnerable que se ha fragmentado parcialmente) o el quirúrgico recurso de una plástica, que brinda la ilusión de acortar la brecha estética con la nueva generación.

En el campo específico de la sexualidad es de antiguo conocida la reactivación edípica adolescente y la reactivación edípica de los padres del adolescente. Desde la biología sumamos otra secuencia incómoda para los adultos: próstata y menopausia insinúan su lenta aparición al mismo tiempo que la exuberante e impetuosa sexualidad del adolescente.

Es cierto que ambas sexualidades, la adulta y la adolescente, pueden paralelamente pasar a una nueva y gratificante fase. Pero también las disfunciones sexuales, el hastío o la infidelidad conyugal pueden ser la señal adulta del retorno del conflicto reprimido.

En cuanto a los problemas de la serie alimentaria son múltiples y multideterminados. A modo de ejemplo señalemos sólo dos constelaciones típicas dentro del amplio universo de su psicopatología: 1) la clásica dupla de hija adolescente anoréxica o bulimáxica y su madre algo excedida en peso, eternamente a dieta. La madre frecuente al homeópata y la hija es llevada al

psicoanalista; 2) el valor simbólico que la comida familiar tiene como sustituto de la escena primitiva. A través de fantasías con grados significativos de indiscriminación, padre y madre aparecen como protagonistas activos de un conflicto que se dramatiza a la hora de comer.

3) Una tercer área de expresión de la crisis pasa por los *procesos de mentalización*, que abarcan los conflictos y síntomas típicamente neuróticos.

El mecanismo de formación del síntoma neurótico pone en marcha fobias, histerias y obsesiones, que pueden tener su comienzo en la cuarta década de la vida. No tardan en aparecer, en el abordaje analítico, facetas vinculadas a la crisis vital desequilibrante.

Más interesante sin embargo, a propósito del tema que nos ocupa, resulta la consideración de las depresiones de la mitad de la vida, contemporáneas de la crisis adolescente de los hijos.

La lucha tenaz en pos de logros económicos o académicos puede ser un camino que apunta a compensar la fragilidad del self de un sujeto. A veces ocurre que al ir alcanzando sucesivos objetivos, hacia la mitad de la vida, el self va deteniendo el motor que lo había mantenido con “temperatura”. Pero como la satisfacción que se anticipaba no se encuentra junto con el objetivo (es decir se logra el objetivo pero no una gran satisfacción), aparecen entonces los estados depresivos fríos, esa falta de sentido de la vida que mencionamos al referirnos a los problemas con la identidad. Por supuesto, también puede ocurrir que las metas idealizadas no se alcancen. Kohut (1977) llamó la atención sobre las semejanzas entre la difusión de la identidad en el adolescente y las “depresiones vacías” en la edad media de la vida, que frecuentemente implican no tanto dudas sobre la identidad sino más bien una insatisfacción con el lugar que se ocupa en el mundo. Al reconocer que no podrá alcanzar logros que pudieran compensar un self debilitado, el sujeto experimenta el vacío o incluso la potencial fragmentación que estaba oculta tras la lucha empecinada en pos de aquellos objetivos compensatorios.

4) Los problemas de *la acción y el paso al acto*. Son una forma común de expresión de las crisis en adolescentes y por lo tanto motivo de consulta en jóvenes, en quienes la fuerza, la actividad motriz y la autonomía han crecido bruscamente. No escapa a esta área de expresión la rebelión de los adultos. Una de sus formas

más definidas en el contexto que nos ocupa hoy es la violencia familiar.

El analista de adolescentes puede aparecer aquí involucrado, paso al acto mediante, en una situación interpersonal donde su rol se imbrica con el de terapeuta de familia.

Igual que en otras cuestiones en las que la insistencia en un tema produce una trivialización y una identificación superficial con un solo polo de la cuestión, el alerta sobre el maltrato por momentos dificulta una aproximación objetiva a la clínica de la violencia con y por adolescentes.

Las expresiones físicas del enojo por parte de padres exasperados hacia sus hijos adolescentes incrementa la intensidad de las peleas de los jóvenes con sus parientes y con sus pares. El mensaje subyacente que florece es que está bien pegar si uno está enojado.

Enfrascados en su propia crisis, muchos padres que castigan físicamente a sus hijos dan por sentado que ellos se desarrollaron bien gracias a las palizas que recibieron, sin darse cuenta que quizás es “a pesar” de esas palizas. Incluso pueden sentirse desleales a sus propios padres, si no castigan a sus hijos, por ser demasiado blandos.

Si logra evitar una postura hipercrítica, el terapeuta podrá advertir que los padres que se aferran a patrones destructivos son habitualmente aquellos más conflictuados e inseguros respecto de su función parental.

Más aún, sin llegar a situaciones extremas, inclusive padres bien motivados y relativamente armónicos pueden tener dificultades para enfrentar a sentimientos normales negativos hacia sus hijos. Rabia, impaciencia, envidia, decepción, por las características del hijo, pueden afectar su capacidad parental si estos sentimientos no son adecuadamente aceptados como normales y neutralizados con afectos positivos. Si esto no ocurre el resultado puede ser una rigidez o severidad constrictivos. En otros casos la negación o represión de sentimientos hostiles puede llevar a actitudes de excesiva indulgencia, sobreprotección o incapacidad para poner límites o decir no. El mecanismo resulta casi siempre contraproducente y genera resentimiento del joven hacia sus padres y más tarde hacia la sociedad.

Hoy sabemos que la tendencia a la acción puede considerarse desde diversas perspectivas: técnica de supervivencia, imposibi-

lidad de la conducta simbólica mentalizada, estrategia interactiva, búsqueda desesperada de soporte, eclosión de un self fragmentado. Lo cierto es que los padres del adolescente no escapan a este recurso aunque sea de una manera solapada. Por ejemplo: las típicas fugas juveniles son quizás menos frecuentes que los abandonos del cónyuge y el hogar familiar por alguno de los padres.

Sin ser por supuesto lineal, causa-efecto, la vinculación entre las desaveniencias conyugales y las crisis adolescentes es obviamente estrecha. Sucede que a partir de la relación entre sus padres los hijos aprenden desde temprano cómo se pueden llevar un hombre y una mujer en el matrimonio, cómo se comunican, cómo disienten, cómo negocian y cómo arriban a compromisos.

Este modelo se va incorporando y pasa a formar parte de la estructura psíquica, no sólo a través de lo que los padres hacemos, sino por cómo somos.

Es natural que los conflictos graves entre los padres afecten a los hijos. Pero es apropiado observar otra cuestión que puede tener casi tanto peso como la anterior. Me refiero a la capacidad de los padres para establecer una alianza parental.

La *alianza parental* es un vínculo de cooperación entre padre y madre que se esfuerzan en el objetivo común de la crianza de sus hijos más allá de las discrepancias que eventualmente puedan existir entre ellos.

Provee un sustento para la autoestima de ambos y les permite encarar las vicisitudes de la parentalidad y las ansiedades que el desarrollo de sus hijos usualmente reactiva.

Es importante tener en cuenta que la alianza parental puede mantenerse incluso en matrimonios que se separan, y en tal caso aporta a los hijos una atmósfera beneficiosa que puede compensar, al menos parcialmente, otras carencias inevitables.

La rebelión de los adultos, como casi todas las rebeliones contiene elementos destructivos, pero no carece de un potencial creativo. Si este potencial se extiende desde el vínculo parental hasta el terreno de la relación analítica, mediante su reconocimiento podremos compartir con el adolescente y sus padres una excelente oportunidad de resolver antiguos conflictos y alcanzar un nuevo y más alto nivel de integración personal.

CONCLUSION

Tal como Kohut lo consignaba al referirse a la silenciosa necesaria presencia de los objetos del self para la supervivencia emocional del hombre, podríamos decir que los adultos y figuras parentales constituyen el oxígeno psicológico para el adolescente, que requiere de ellos respuestas de diversa índole.

Como he señalado en este trabajo, dichos objetos parentales no transitan indemnes las tribulaciones de esta etapa de la vida familiar y de su propio ciclo vital; ellos también viven una crisis, y las manifestaciones pueden ser tan ruidosas como las del adolescente, siempre que las sepamos oír.

He intentado destacar algunas constelaciones típicas que discurren por un espectro que va de la patología a la normalidad. Freud (1933) puntualizó como “la patología nos ha prestado siempre el servicio de darnos a conocer por aislamiento y exageración constelaciones que en la normalidad habrían permanecido ocultas”. En este caso me he detenido en algunas consideraciones psicopatológicas sobre las vicisitudes de la crisis de los adultos porque creo que ejercen una fuerte influencia recíproca con las alternativas de las crisis de los jóvenes. Esto se hace necesariamente presente en el curso de cualquier análisis de adolescentes, aunque sea a través del vacío de respuesta adulta.

Además, como es de imaginar, en un proceso analítico el objeto transferencial ha de aglutinar con el tiempo tanto la historia como las vicisitudes actuales de la relación del adolescente y sus padres.

Si el analista del adolescente ignora intencional o inadvertidamente las crisis de los padres, aumentan las posibilidades de un desenlace desafortunado. La percepción de este telón de fondo sobre el que se desarrolla la conflictiva adolescente permite captar configuraciones decisivas en la evolución del proceso analítico. En el terreno transicional de la sesión, la crisis del adulto se encarnará sin prisa y sin pausa en la crisis del analista. Pero éste es tema para otra ocasión.

BIBLIOGRAFIA

- BOLLAS, C. (1992) *Ser un personaje*. Buenos Aires, Paidós, 1994.
- ERIKSON, E. (1970) *Sociedad y adolescencia*. Méjico, Siglo XXI Ed., 1974.
- FREUD, S. (1933) Nuevas conferencias de Introducción al Psicoanálisis. Buenos Aires, AE XXII.
- GALATZER-LEVY, R. Adolescent Breakdown and Middle-Age Crisis. En: *Late Adolescence: Psychoanalytic Studies*. Ed. D. Brockman. New York, Int. University Press, 1984.
- KOHUT, H. (1977) *La Restauración del sí mismo*. Buenos Aires, Paidós, 1980.
- MARCELLI, D. Y BRACONNIER, A. *Psychopathologie de L'Adolescent*. Paris, Masson, 1986.
- MARIAS, J. *Tratado de lo mejor*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- ORTIZ FRÁGOLA, A. Los escritos del adolescente. *Psicoanálisis*. Revista de APdeBA. Vol. 17, 3, 1995.
- ORTIZ FRÁGOLA, A.: El médico frente a las crisis de adolescencia patológica. VII Congreso Internacional de Medicina Interna del Hospital de Clínicas. 1998. Publicado en *La Prensa Médica Argentina*, Vol. 85, 2, 1998.
- ORTIZ FRÁGOLA, A: Relación de objeto y vínculo. Ponencia en Mesa Redonda efectuada en APdeBA. *Psicoanálisis*. Revista de APdeBA. Vol. 20, 3, 1998.

Alfredo Ortiz Frágola
Callao 1121 – 8° Derecha
C1023AAE, Capital Federal
Argentina